

Amor de madre en la poesía griega

Natalia Palomar

A mis hermanas

Aristóteles, en su reflexión sobre la *φιλία*, destaca por tres veces una figura colectiva, la de las madres (*αἱ μητέρες*), como paradigma de esta especie de amor. El filósofo les atribuye una excelencia en ese ejercicio o conducta (*ἦθος*), tanto en términos de cantidad (*φιλοτεκνότεραι, φιλοῦσι μᾶλλον*) como de calidad (*αἱ μητέρες τῷ φιλεῖν χαίρουσαι*). Y se pronuncia como quien constata evidencias, como quien señala datos obvios, idóneos, por lo tanto, para confirmar los argumentos que ha expuesto.

Vamos a presentar estos pasajes de la *Ética a Nicómaco* en el orden que nos parezca más adecuado para ensamblar los resultados de nuestra indagación sobre la manera en que este motivo, el amor de las madres, aparece configurado en los textos poéticos de la Grecia antigua. Es probable que al cabo de esta labor comprobemos que los griegos nos han legado algo más que «rather bleak representations of motherly love» o «relative dearth of images of mothers and children in Greek art»¹.

El pasaje que comentaremos en primer lugar (Arist. *Nic.* 1161b) presenta el **vínculo físico** que existe entre los progenitores y sus hijos como fundamento del amor recíproco. Este afecto —explica Aristóteles— es mayor y más inmediato en los progenitores: ellos, los padres, quieren a los hijos como algo que les es propio (*ὡς ἑαυτῶν τι ὄντα*), tienen a los hijos por algo generado de sí mismos (*ἐξ αὐτῶν*); y lo que nace de uno —sigue argumentando— es tan propio de éste (*οἰκεῖον*) como puedan serlo un diente o el cabello. Llegado a éste punto de énfasis en lo carnal,

1. S. BLUNDELL, *Women in Ancient Greece*, London 1995, p. 142. En cuanto a nuestra selección de figuras, las muestras de artes plásticas que incorporamos en el presente estudio proceden de la magnífica colección contenida en la obra de E. REEDER, *Pandora. Women in Classical Greece*, Baltimore 1955.

no es extraño que concluya: «por eso está claro por qué aman más las madres» (φιλοῦσι μᾶλλον αἱ μητέρες). Así pues, a su juicio, la intensidad de este afecto está en función del hecho natural que es la procreación. Y es la madre quien protagoniza ese fenómeno de manera manifiesta: el hijo crece en ella, como algo que ella tiene, comparable a ese «cabello» o ese «diente» mencionados por Aristóteles, que también *salen* de un cuerpo (ἐξ αὐτοῦ). Parece incluso que estos ejemplos sean una variación, a escala reducida, de aquella tanda de primeros seres generados por Gea: Urano, Ponto, Montañas (Hes. *Th.* 126-132). En efecto, según la *Teogonía*, Cielo y Mar nacen saliendo a la superficie de Tierra para cubrirla o recubrirla (como el «cabello» propuesto por Aristóteles, que sale del cuerpo y lo cubre); a su vez Montañas se elevan como protuberancias de ese cuerpo madre que es Gea (tal como sucede con el «diente» o con el vientre de la mujer preñada).

En todo caso, como demuestran embarazo y parto, el hijo es algo de la madre.² Y eso determina el apego, el afecto mayor de las madres para con los hijos. En la poesía también reconocemos esta noción de pertenencia, fundida con el sentimiento de amor que manifiestan las madres. El hijo es de la madre durante el prolongado tiempo de la gestación, que tantas veces consignan los poetas por boca precisamente de las madres:

en la décima órbita del mes te parí, oculto dolor, para Febo

δεκάτῳ δὲ σε μηνὸς ἐν / κύκλῳ κρύφιον ὄδιν' ἔτεκον Φοῖβῳ (Eur. *Ion* 1486)

yo, la que te llevé trescientos días, hijo, bajo mi cintura

ἦτις σε τριηκοσίους ἐφόρεσα, / τέκνον, ὑπὸ ζώνης (Euph. 96, 3-4 Gron.)

Y el hijo es definitivamente hijo de su madre a efectos del parto, vicisitud que las madres no se cansan de recordar: así lo dice la Deméter del himno homérico:

la niña que parí (κούρην τὴν ἔτεκον, Hb.Dem. 66)

y también la Andrómaca de Eurípides:

oh criatura, yo que te parí (ὦ τέκνον, ἡ τεκοῦσα σοί, Eur. Andr. 413)

Por su parte, Medea lo aduce como argumento elemental y decisivo, para responder aquella torpe pregunta de Jasón:

—Pero ¿por qué sufres tanto por tus hijos?

2. No obstante, existía también una idea antitética, que reconocía al padre como genuino engendrador (τοκέυς) y relegaba a la madre al papel de nodriza (τροφός). Así lo proclama Apolo en las *Euménides* de Esquilo, vv. 658-61.

–Yo los *parí* (ἔτικτον αὐτοῦς, Eur. *Med.* 929-30)

Y Clitemnestra, condenando el infanticidio cometido por el esposo, se refiere a su hija Ifigenia con una especie de definición del vínculo maternal, en que se funden la intensidad del cariño y la experiencia del alumbramiento:

(*él, que*) *sacrificó a su propia hija,*
para mí el más querido parto (φιλτάτην ἔμοι ὠδῖνα, Aesch. *Ag.* 1417)

Después del parto, se mantiene esa pulsión: el hijo continúa siendo algo propio de la madre, φίλος, en aquel antiguo sentido de posesión, de pertenencia. En efecto, en la lengua homérica esta palabra significa la relación natural, física, que une a una persona una parte de su cuerpo³. Así se comprende el pleno sentido de la consabida fórmula: φίλε τέκνον, φίλον τέκος⁴, que retrata este amor mayor, posesivo y físico de las madres. La psicología contemporánea lo considera en términos de «deep and primary relationship», y sigue refiriéndose a la experiencia materna del hijo como *parte* del propio cuerpo: «Women’s bisexual experiences (menstruation, coitus, pregnancy, childbirth, lactation) all involve some challenge to the boundaries of her body ego (“me”/“not me”) in relation to her blood or milk, to a man who penetrates her, to a child once *part of her body*».⁵ La madre, pues, tiene al hijo como algo propio, y por ende es sensible a cuanto le sucede⁶. Esta *sympatheia* es costatada por Aristóteles cuando describe las pautas de comportamiento que permiten reconocer a una persona como φίλον: τὸν συναλγοῦντα καὶ συγγαίροντα τῷ φίλῳ· μάλιστα δὲ καὶ τοῦτο περὶ τὰς μητέρας συμβαίνει (*Nic.* 1166a). El mito, por su parte, nos ofrece la estampa reiterada de esa capacidad de la madre para oír la llamada del hijo y para percibir su angustia. Deméter oye el grito de su hija Perséfone cuando Hades la rapta; Tetis oye el tremendo quejido de su hijo

3. Cfr. P. CHANTRAINE, *Dictionnaire Étymologique de la Langue Grecque*, vol. IV 2, París 1980, s.v. φίλος: «chez Homère, joue apparemment le rôle d’un adjectif possessif: “mon, ton, son” etc., suivi de ἦτορ, θυμός, εἶματα, etc., expriment la “possession inaliénable” (...) L’emploi fondamental de φίλος dit des rapports d’hospitalité suffit à rendre compte de son sens “possessif”».

4. Cfr. *Hb. Dem.* 71, H. *Od.* II 363, III 484; *Il.* XXII 84. Ocasionalmente, aparece el término *agapetós*; Penélope se refiere así a Telémaco (*Od.* IV 817) y así lo llama (*Od.* II 316); Astianacte en brazos de su madre Andrómaca, también es caracterizado por el poeta de la misma forma (*Il.* VI 401).

5. N. CHODOROW, «Family structure and feminine personality», en E. FOLEY, *The Homeric Hymn to Demeter. Translation, commentary and interpretative essays*, Princeton 1994, p. 258.

6. También E. FROMM considera que la sensibilidad de la madre respecto al hijo es el ejemplo más obvio de la condición de ser sensible a otro ser humano (*The Art of Loving*, 1956; *L’art d’estimer*, Barcelona 1978, p. 130).

Aquiles cuando éste se entera de la muerte de Patroclo⁷. Y la repercusión es inmediata: el dolor penetra a las madres.

Una madre es capaz incluso de un certero presentimiento: Hécuba había anticipado en sueños la muerte de su hijo Polidoro, y así lo constata, según los versos de Eurípides:

*ay de mí, ay! comprendo la visión en sueños
de mis ojos, no se me escapó
el fantasma de alas negras que ví en torno a ti,
oh hijo, que ya no estabas en la luz de Zeus*
ὄμοι, αἰαῖ ἔμαθον ἔνυπνον ὀμιμάτων
ἐμῶν ὄψιν. οὐ με παρέββα
φάσμα μελανόπτερον, τὰν ἐσεῖδον ἀμφὶ σέ
ὄ τέκνον, οὐκέτ' ὄντα Διὸς ἐν φάει (Eur. *Hec.* 702-7)

En todo caso, cuando una madre se entera de la desgracia del hijo, manifiesta inmediatamente su dolor, dando impresión incluso de simultaneidad. Ese efecto logra Sófocles, por ejemplo, con el coro de los marineros de Áyax, que imaginan la reacción de la anciana madre del héroe:

*cuando oiga que está enfermo, devorada su mente...
¡qué ayes!... No lanzará la pobre (δύσμορος)
el lamento del ave miserable, el ruiseñor,
sino un agudo treno, y golpes de sus manos
caerán sobre sus pechos
y un arrancarse de blancos cabellos (Soph. *Ai.* 625-633)*

Este tipo de sensibilidad tan alta hace que la madre experimente en su propia persona el sufrimiento del hijo; pero esta sintonía también puede darse en clave favorable. Así constatamos la noción de que para la madre, tener al hijo es una plenitud, de modo que el amor maternal comporta una dimensión gozosa que se experimenta incluso en el trance de parir. En este sentido, la figura más representativa es una diosa, Leto, cuyo mito tiene como episodio clave el parto de Apolo y Ártemis. En el himno homérico, al cabo del relato del divino alumbramiento, se dice expresamente:

χαίρει δὲ Λητώ / οὐνεκα τοξοφόρον καὶ καρτερόν υἱὸν ἔτικτεν
y se regocijaba Leto, puesto que paría a un hijo arquero y poderoso (Hb.Ap.
125)

7. Así sucede en el himno homérico (v. 39), aunque en este poema la ocasión de oír se presenta por dos veces y en la primera se cuenta que sólo Hécate oye el grito de Perséfone. Con respecto a esta duplicación de sujetos, hay que tener en cuenta que en este poema el rol de la madre ensambla a cuatro personajes: Deméter, Hécate, Metanira y Rea, cfr. FOLEY, «The mother/daughter romance», en *op. cit.*, p. 126. El grito de Aquiles, prontamente atendido por Tetis, se encuentra en *Il.* XVIII 35.

Por cierto que en el momento en que nace la criatura, las diosas presentes lanzan el grito ritual (ὀλόλυξαν, *ib.* 119), tal como hacían las mujeres que en la vida real asistían a una parturienta cuando el recién nacido salía de su cuerpo. Así prestaban su voz al sentimiento de euforia de la madre — que estaría normalmente extenuada⁸.

En el himno homérico a Deméter encontramos otra referencia sesgada a esta dimensión gozosa, de obsequio, que el parto tiene para la madre. Aparece en la descripción de la figura que adopta la diosa,

*parecida a una vieja muy anciana, privada
del parto y de los dones de Afrodita de amable corona*
ἦ τε τόκοιο / εἴργεται δώρων τε φιλοστεφάνου Ἄφροδίτης (*Hb.Dem.* 100-1)

Y en el mismo poema, las palabras con que Deméter bendice a las princesas son una formulación definitiva de esa aspiración que sienten las jóvenes: alumbrar a sus propios hijos. Eso es lo que pide esta venerable anciana con su juego de palabras: que los dioses les concedan

τέκνα τεκέσθαι / ὡς ἐθέλουσι τοκῆες
tener hijos / como quieren los-que-tienen-hijos (*ib.* 136-7)

Una vez nacido el hijo, tenerlo a la vista y en circunstancias favorables es motivo de satisfacción para la madre. Así lo apreciamos en el caso de Leto, que comparte con el divino padre este contento, según la evocación del himno homérico correspondiente:

*y mucho se complacen en su corazón cuando miran
Leto trenzas de oro y Zeus sagaz
a su hijo querido jugando con los dioses inmortales*
οἱ δ' ἐπιτέρονται θυμὸν μέγαν εἰσορόωντες
Λητώ τε χρυσοπλόκαμος καὶ μητίετα Ζεὺς
ὑἷα φίλον παίζοντα μετ' ἀθανάτοισι θεοῖσι (*Hb.Ap.* 204-6).

Pero no es esta situación ideal la que más se representa en la poesía griega, puesto que el mito una y otra vez refiere casos en que se atenta contra la armonía de un amor (φιλία) que reposa en la tenencia del ser querido. Las circunstancias varían: para Deméter, se trata del rapto de su amada hija; para Penélope, es la partida del hijo Telémaco; para Anticlea, la prolongada ausencia de su hijo Odiseo. Todas estas madres experimentan un agudo dolor (ἄχος)⁹ y caen en una tremenda postración.

8. Cfr. S. BLUNDELL, *op. cit.* p. 111.

9. Cfr. *Hb.Dem.* 40, 90; *Od.* IV 716, XV 357.

Recordemos a Deméter, tal como aparece en el himno homérico, envuelta en su velo oscuro, sentada inmóvil, sin comer ni beber ni reír¹⁰. En cuanto a Penélope, el poeta describe su conmoción inicial: cuando se le informa de que su hijo está navegando rumbo a Pilos y de que va a ser objeto de una emboscada, se siente desfallecer (τῆς αὐτοῦ λύτο γούνατα καὶ φίλον ἦτορ, *Od.* IV 703), y se queda sin habla y sus ojos se anegan en llanto. Igual que Deméter, es invadida por un dolor que le consume el ánimo (ἄχος θυμοφθόρον, *ib.* 716), y también se queda sentada de una manera insólita: en tierra, bajo el umbral de su habitación (ἀλλ' ἄρ' ἐπ' οὐδοῦ ἴξε πολυκμήτου θαλάμοιο, *ib.* 718). Asimismo permanece en ayunas, entregada a un solo pensamiento obsesivo: si su hijo va a salvarse o perecer:

ὄρμαινουσ' ἢ οἱ θανάτου φύγοι νιὸς ἀμύμων
ἦ ὃ γ' ὑπὸ μνηστήρσιν ὑπερφιάλοισιν δαμείη (*ib.* 789-90)

En el caso de Anticlea, esta actitud de inmovilidad e inapetencia mantenida hace que efectivamente la madre muera de pena por la privación del hijo amado¹¹. Ella misma lo ha experimentado así, según le cuenta a Odiseo en el Hades:

ἀλλά με σός τε πόθος σά τε μήδεα, φαίδιμ' Ὀδυσσεῦ
σὴ τ' ἀγανοφροσύνη μελιδέα θυμὸν ἀπηύρα
pero a mí, el anhelo de tí, de tus cuidados y cariño,
radiante Odiseo, me quitaron la vida deliciosa (*Od.* XI 202)

Aquí, como en el himno a Deméter, πόθος es un término clave: nos da medida de la dependencia que experimenta la madre con respecto al hijo, así como de una avidez de la persona amada que nos aproxima a terreno del deseo erótico, de ἔρωσ.¹²

Pero la muerte no es el único desenlace posible: otras madres alternan las fases de postración con las de acción y se movilizan para recuperar al hijo. Así podemos considerar los recorridos de Deméter en busca de su hija hasta averiguar lo sucedido¹³, su feroz venganza al provocar la esterilidad general —todo un alarde de poder—, y su certera reclamación al soberano de los dioses. Una labor que resulta eficaz, puesto que por todos estos medios Deméter logra recuperar a su hija amada.

10. Cfr. *Hb.Dem.* 40-50, 192-201.

11. En el epitafio de una tal Xenocleia (s. IV), se consigna que esta mujer murió de pena por su hijo (*JG* 2.2 nº 12335, citado por S. BLUNDELL, *op. cit.* p. 142).

12. Πόθος es deseo de lo ausente, apasionado y sensual como ἔρωσ.

13. En su manera de lanzarse, «como un ave» (*Hb.Dem.* 43), podríamos interpretar no sólo la afinidad con otras imágenes en que los pájaros son paradigma de amor maternal (cfr. *infra* pp. 70-72), sino con aquéllas en que se trata de un ave de presa en una persecución que se asemeja a la del amante. No en vano se menciona el *potbos* que Demeter siente por su hija (*ib.* 304).



Fig. 1

También Penélope reacciona al saber que su hijo peligra: envía a una sierva a pedir ayuda a Laertes para que impida la maniobra de los pretendientes (*Od.* IV 735), y a instancias de la prudente Euriclea, ruega a Atenea que salve a su hijo; por fin, aprovecha la ocasión que el sueño le depara en la figura de Iftima para preguntar si su hijo vive aún o ha muerto, y consigue encontrar alivio en la respuesta favorable.

Si el hijo vive, entonces será posible recuperarlo, volver a fundirse madre e hijo en un abrazo. Ese abrazo que con tanto detalle intentan recomponer los editores del *Himno homérico a Deméter*, en el pasaje del reencuentro entre la madre y su *Niña* (Κόρη):

*(Perséfone) se arrojó a su cuello abrazándola,
y ella tenía a su querida niña entre los brazos*
ἄλτο θέει[ν, δειρή δέ οἱ ἔμπεσεν ἀμφιχυθείσα]
τῇ δὲ [φίλην ἔτι παῖδα ἔῆς μετὰ χερσὶν ἔχούση] (vv. 389-90)¹⁴

La madre amorosa ansía este contacto con el cuerpo tan querido de su criatura, y es así precisamente como se esfuma el dolor, el ἄχος:

*así entonces, durante todo el día, con ánimo acordado
más y más una a otra corazón y alma confortaban,
se abrazaban con cariño y su ánimo se libraba de dolores;
era un toma y daca de una a otra de alegrías*
Ἔως τότε μὲν πρόπαν ἡμαρ ὁμόφρονα θυμὸν ἔχουσαι
πολλὰ μάλ' ἀλλήλων κραδίην καὶ θυμὸν ἴαινον
ἀμφαγαπαζόμεναι, ἀχέων δ' ἀπεπαύετο θυμός,
γηθοσύνας δὲ δέχοντο παρ' ἀλλήλων ἐδιδ[οντε] (vv. 434-7)

Podemos ilustrar este primer aspecto del amor de madre que es el apego físico con este relieve votivo que representa precisamente a Deméter y Perséfone (**FIG 1**: Atenas, Mus. Arq. Nac., inv nº 3572). La madre, con el brazo izquierdo abraza a la hija, cuya cabeza se acomoda bajo el pecho materno. El escultor recrea la intimidad de los cuerpos, el contacto afectuoso de estas dos mujeres que se asemejan tanto por su figura como por su orientación. La composición sugiere incluso el motivo básico de *salir* un cuerpo del otro, al quedar la madre «atrás» y la hija superpuesta —relieve sobre relieve, como las Montañas de la Teogonía naciendo de la Tierra (cfr. *supra* p. 62)

Volviendo a los textos, otro encuentro eufórico —esta vez nos lo presenta Eurípides— acontece entre Creúsa y su hijo Ión. Al darse cuenta de que la desconocida es su madre, el chico exclama

14. El aparato crítico de Th.W. ALLEN reconoce: *quae dedimus supplementa Alfred Goodwin ingenio plerumque debentur, Homeri Opera V*, Oxford 1983 (1912).

*Oh madre queridísima, feliz de verte
vengo a caer en tus felices mejillas*
ὦ φιλότατη μοι μήτηρ, ἄσμενος σ' ἰδὼν
πρὸς ἀσμένως πέπτωκα παρηίδας (Eur. *Ion* 1437)

Y la madre disfruta de la presencia del hijo recuperado y —cómo no— de tenerlo físicamente en sus brazos:

*Oh, hijo, luz para tu madre más brillante que el sol
(...) te tengo en los brazos!* (ἐν χερσῶν σ' ἔχω, *ib.* 1439-40)

Y sus palabras expresan de qué manera tan honda experimenta la dicha de ese contacto:

*Abora junto a tus mejillas respiro,
que he alcanzado la más bendita satisfacción...*
νῦν δὲ γενειάσιν πάρα σέθεν πνέω
μακαριωτάτας τυχοῦσ' ἠδονᾶς (*ib.* 1460-1)

En otras circunstancias, pero que también lindan con la pérdida y ausencia del hijo amado, las madres insisten en decir de palabra este afecto corporal característico. La madre habla al hijo abordándolo como ese cuerpo concreto y familiar que es para ella, que como tal cuerpo suscita su amor y su goce. Escuchemos cómo Andrómaca se despide de su pequeño Astianacte, que pronto será inmolado:

ὦ νεὸν ὑπαγκάλισμα μητροὶ φίλτατον,
ὦ χρωτὸς ἠδὲ πνεῦμα (...)
*oh tierna carga, lo más querido para una madre
oh dulce aliento de tu cuerpo...* (Eur. *Tr.* 757-8)

En estas invocaciones, el personaje da idea de lo que el hijo representa físicamente para ella: un cuerpo viviente que ha sostenido con amor (φίλτατον) y con placer (ἠδὲ)¹⁵. Notemos cómo se evoca particularmente la sensualidad del contacto con el cuerpo todo de la criatura (χρωτὸς)¹⁶. Pocos versos después, Andrómaca pide a este niño un abrazo postrero, el gesto más espontáneo y apropiado como efusión del amor recíproco:

15. Respecto a ὑπαγκάλισμα, W.B. STANFORD consigna que bastante abstractos en -μα expresan actitudes emocionales hacia personas, *Greek Tragedy and the Emotions*, Londres 1983, p. 103. En cuanto a la noción de peso, esta particular experiencia de la mujer grávida también se manifiesta cuando una madre interpela al hijo llamándole «carga mía»; así Leto en el Himno calimaqueo: ὦ ἔμὸν ἄχθος, ποῖ σε φέρω; (Call. *H.D.* 116)

16. N. LOREAU comenta también este pasaje en el capítulo «Le pathos d'une mère» de su libro *Les Mères en deuil* (Paris 1990), donde menciona aspectos interesantísimos del amor materno: «intimité des corps», «corps mémoire des mères», «intensité sensuelle» (p. 60).

*Abora, ya nunca más, abrázate a tu madre,
 echate en la que te parió, y con los brazos
 estrecha mi espalda y besa mi boca*
 νῦν οὐποτ' αὔθις, μητέρ' ἀσπαζόου σέθεν
 πρόσπιτνε τὴν τεκοῦσαν, ἀμφὶ δ' ὠλένας
 ἔλισσ' ἔμοις νώτοισι καὶ στόμ' ἄροισον (*ib.* 761-3)

En otra tragedia euripídea, la que lleva su nombre, Andrómaca, que está a punto de perder también a otro hijo —el que ha tenido de Neoptólemo— incluso concibe la posibilidad de mantenerlo abrazado y seguir ofreciéndole su seno una vez los hayan matado a ambos:

*Y yacerás, oh hijo querido
 entre los pechos de tu madre,
 cadáver bajo tierra junto con cadáver...*
 κείσῃ δῆ, τέκνον ὦ φίλος
 μαστοῖς ματέρος ἀμφὶ σᾶς
 νεκρὸς ὑπὸ χθονί σὺν νεκρῷ (*Eur. Andr.* 510)

También Medea¹⁷ expresa con arrebató cómo le conmueven los cuerpos amados, dirigiéndose en particular a tal o cual parte de ellos, así como al cuerpo todo de esos hijos suyos¹⁸:

*Oh mano tan querida, oh boca para mí queridísima
 y figura y noble rostro de mis hijos
 (...)
 Oh dulce abrazo,
 oh tierna piel y aliento tan suave de estas criaturas*
 ὦ φιλάτη χεῖρ, φίλτατον δέ μοι στόμα
 καὶ σχῆμα καὶ πρόσωπον εὐγενές τέκνων
 (...)
 ὦ γλυκεῖα προσβολή,
 ὦ μαλθακὸς χρῶς πνεῦμα θ' ἠδιστον τέκνων (*Eur. Med.* 1971, 1074)

Este carácter marcadamente físico del amor materno se puede relacionar con las imágenes animales que en la poesía griega se vinculan a la figura de la madre amorosa. La más habitual es la del ave con sus polluelos, por

17. El caso de Medea podría considerarse como máxima exacerbación del amor posesivo: obsesionada por privar a Jasón del amor de sus hijos, del que se considera única merecedora, acaba matándolos (*Eur. Med.* 1397-1414).

18. L.K. MC CLURE estudia estas invocaciones, «*Ω with Parts of the Body*» como giros típicos de las mujeres euripídeas, notando que el cuerpo de la persona interpelada se presenta para ellas como «fuente» (*source*) de afecto —más bien «resorte», a mi entender (*op. cit.* pp. 52-55).

los que teme y a quienes cobija. Ejemplo de lo primero es la paloma con la que se identifica el coro de mujeres tebanas (Aesch. *Sept.* 291):

*como a una temblorosa paloma aterran por sus crías
las sierpes, infaustos huéspedes de nidos*
δράκοντας ὡς τις τέκνων
ὑπερδέδοικεν λεχαιῶν δυσενήτορας
πάντρομος πελειάς (Aesch. *Sept.* 291-93)

Como muestra de lo segundo, recordemos de qué manera percibe Andrómaca el gesto de su hijo:

como un polluelo te aprietas contra mis alas
νεοσσὸς ὄσσει πτέρυγας ἐσπίτων ἐμάς (Eur. *Tr.* 751)

En otra ocasión, ella misma ha preguntado a Menelao si matará también

a este polluelo, arrancándolo de bajo mis alas
ἦ καὶ νεοσσὸν τόνδ', ὑπὸ πτερῶν σπάσας (Eur. *Andr.* 441)

Por su parte, el niño también reconoce este «ala» materna:

madre, madre, yo también descenderé contigo bajo tu ala
μᾶτερ μᾶτερ, ἐγὼ δὲ σᾶ πτέρυγι συγκαταβαίνω (ib. 504)

Eurípides vuelve a presentar esta comparación/metáfora en otra tragedia, *Heracles*, donde la afligida Megara se refiere así a sus hijos:

*Y los hijos de Heracles, que bajo mis alas
tengo a salvo, cual ave a sus polluelos cobija*
οἱ θ' Ἡράκλειοι παῖδες, οὓς ὑπὸ πτεροῖς
σῶζω νεοσσούς ὄρνις ὡς ὑφειμένους (Eur. *Her.* 71-2)

El ave, además de temer por sus pequeños y cobijarlos, se duele y lamenta por ellos, tal como sucedía en el célebre presagio sobre la duración de la guerra de Troya: éranse ocho gorriones, y su madre, nueve; la serpiente los devoró y

*la madre en torno volaba gimiendo por sus crías,
pero a ella girándose (la serpe) de un ala agarróla y ella chillaba*
μήτηρ δ' ἀμφιποτᾶτο ὀδυρομένη φίλα τέκνα
τὴν δ' ἐλελιξάμενος πτερύγος λάβεν ἀμφιαχυῖαν (Il. II 315-6)

En figura similar ve Eurípides a Hécuba cuando ésta arranca su treno, ante la caída de Troya:

*tal ave madre su quejido por los alados pájaros
empezaré yo mi canto...*
μάτηρ δ' ὡσεὶ πτανοῖς κλαγγάν
ὄρνισιν ὅπως ἐξάρχω ἴγῳ / μολπὰν (Eur. *Tr.* 146-8)

El ave como modelo de amor maternal se relaciona con otra mujer dolorosa, aunque no se trate de una madre, precisamente porque el poeta quiere atribuirle un dolor tan visceral como el que a las madres se les reconoce¹⁹. Así procede Sófocles con su personaje Antígona, que llorando por su hermano Polinices

*un agudo chillido levanta
de ave amargada, como cuando del lecho vacío
de polluelos ve huérfano el nido*
κἀνακωκῦει πικρῶς
ὄρνιθος ὄξυν φθόγγον, ὡς ὅταν κενῆς
εὐνής νεοσσῶν ὄρφανὸν βλέψη λέχος (Soph. *Ant.* 423-5)

Otra estampa de maternidad animal proyectada sobre la mujer es la de la oveja con su criatura. En cierta tragedia de Eurípides, así es como ve Peleo a su nuera Andrómaca, que va a ser condenada con su pequeño:

pues pereces como una oveja que amamanta a su cordero
ὑπαρνος γάρ τις οἷς ἀπόλλυσαι (Eur. *Andr.* 557)

Aquí la idea del amparo que la madre procura al hijo se combina con la del alimento; en otra ocasión, vemos que una hija se presenta como «potrilla» en relación con los pechos de una madre cuya condición de yegua se insinúa. Se trata del coro de cautivas anunciando a Hécuba que Ulises le arrebatará a Polixena con estas palabras:

arrancándote la potrilla de los pechos
πῶλον ἀφέλξων σῶν ἀπὸ μαστῶν (Eur. *Hec.* 142)

Como epílogo de esta identificación tradicional de la mujer madre con determinadas hembras madres, podríamos referirnos a un pasaje en que Filóstrato expone su conocimiento de este amor materno animal, precisando de qué manera se pone de manifiesto en muchas especies. En su *Vida de*

19. Sobre el dolor de las madres, cfr. N. LOREAU, *op. cit.*; sobre la mujer dolorosa como *ave que se queja*, cfr. N. PALOMAR, «El héroe trágico de Sófocles: imágenes del dolor humano», *Habis* 30, 1999, pp. 57-76.

Apolonio (II 14), el protagonista y Damis se muestran convencidos de que el cariño de los animales por sus hijos es algo natural (φυσικὴν)²⁰ y comentan admirados el comportamiento de elefantes, osas, lobas, panteras, leonas, tigresas, aves en general, águilas, cigüeñas, delfines, ballenas, focas y hasta víboras. A todos estos animales les reconocen su amor por los hijos (φιλοτεκνοῦσι), y destacan casos extremos. Y es curiosísimo notar que estos casos nos remiten a modelos míticos: por ejemplo, la tigresa a quien los cazadores arrebatan sus cachorros, se acerca a los barcos para reclamárselos (ἀπαιτοῦσαν), es feliz si se los devuelven (como Deméter, podríamos considerar; cfr. *supra* p. 68), pero si no, se queda en la orilla rugiendo y a veces llega a morir (como Anticlea, pues; cfr. *supra* p. 66).

Y lo más interesante es que el pasaje de Filóstrato se cierra proponiendo una rectificación a aquellas palabras que Eurípides puso en boca de Andrómaca para que ella, mujer y madre, expresara qué representan los hijos:

para todos las personas,/ los hijos son la vida

ἅπανσι δ' ἀνθρώποις ἄρ' ἦν / ψυχὴ τέκνα (Eur. *Andr.* 418)

Pues bien, según este Apolonio, habría que ampliar el colectivo y decir ἅπανσι δὲ ζῴοις, «para todos los animales»²¹.

*

Volvamos a Aristóteles: según su definición, la φιλία «parece consistir en amar (ἐν τῷ φιλεῖν) más que en ser amado (ἢ ἐν τῷ φιλεῖσθαι, *Nic.* 1159a)». Y como prueba de ello, aduce otra vez la figura de las madres: σημείον δ' αἰ μητέρες τῷ φιλεῖν χαίρουσαι: «la muestra son las madres, que disfrutan amando». Esta es la caracterización global que nos interesa: las madres representan una φιλία básicamente activa, y por tanto generosa, entregada, laboriosa. Y a esta dinámica de su φιλεῖν se suma un rasgo decisivo, que en la frase de Aristóteles figura en ese participio χαίρουσαι —«que disfrutan», hemos traducido.

Esta **conjunción de amor y disfrute** asoma también una y otra vez en la poesía griega. Píndaro la contempla de manera sutil en su evocación del parto de Evadna, dando idea de que incluso el dolor se puede tornar amable para una madre por amor al hijo:

20. Aristóteles ya lo afirma así en la *Ética a Nicómaco*, 1155a: φύσει τ' ἐνυπάρχειν ἔοικε πρὸς τὸ γεγεννημένον τῷ γεννήσαντι καὶ πρὸς τὸ γεννήσαν τῷ γεννηθέντι, οὐ μόνον ἐν ἀνθρώποις, ἀλλὰ καὶ ἐν ὄρνισι καὶ τοῖς πλείστοις τῶν ζῴων.

21. W. Burkert presenta así la continuidad entre el comportamiento animal y el humano: «There are just faint analogies among animals. The most obvious example, parents feeding their young, ought to be set aside. This is instinctive behaviour mostly bound to the dyad of mother and child, sometimes taking the father in company. Animal young beg for food, relying on the propensity of their elders to feed them. This may be the ultimate origin of *charis*, the mutual smile of closeness and understanding», *Creation of the Sacred. Tracks of Biology in Early Religions*, Harvard 1999⁴, p. 134.



Fig. 2

*y salió a la luz
de sus entrañas, entre amables dolores Iamo*
ἦλθεν δ' ὑπὸ σπλάγγων ὑπ' ὠδινός τ' ἐρατᾶς Ἴαμος
ἔς φάος αὐτίκα (Pi. *Ol.* VI 72-3)

La crianza también se contempla como una dedicación gozosa de la madre. Un ejemplo: Polixena se emociona al ver el pecho de su madre y lo reconoce así:

oh pechos y busto que me criaron complacidos
ὦ στέρνα μαστοὶ θ', οἷ μ' ἐθρέψαθ' ἠδέως (Eur. *Hec.* 424)²²

22. Esta noción de que amamantar es grato para la madre se manifiesta de manera interesantísima en la lengua latina: *felix* significa en primera instancia fecundo, fértil; pues

Otra escena llena de ternura aparece entre las lamentaciones de Hécuba por su nieto Astianacte. La anciana invoca la cabeza del niño

*cuyos rizos tanto cultivaba tu madre
y tanto besaba*
ὄν πόλλ' ἐκήπευσ' ἡ τεκοῦσα βόστρουχον
φιλήμασιν τ' ἔδωκεν (Eur. *Tr.* 1174)

La plenitud que el hijo representa para la madre también puede ser contemplada no desde la pérdida al cabo de un tiempo de convivencia, sino desde la privación *a priori*, como sucedió a Creúsa. Su hijo Ión, que ha crecido en la ausencia de una madre, imagina un padecer igual al suyo propio para aquella mujer

*que sufrió el mismo sufrimiento
al perder los gozos del hijo*
ὡς ταῦτόν πάθος
πέπονθε, παιδὸς ἀπολέσασα χαρμονάς (Eur. *Ion* 1378-9)

Como imagen plástica en correspondencia con este motivo del amor gozoso, escogemos una estela (**FIG 2**: Atenas, Mus. Arq. Nac., inv. nº 4472), donde el estado fragmentario subraya la continuidad entre los perfiles de esta madre y este hijo, cuya cabeza acomoda en la concavidad de su mano. Se miran y se sonríen estos perfiles tan parecidos: los mismos rasgos, la misma expresión de contento recíproco —esa sonrisa que parece iluminar el espacio en que se encuentran ...²³

Otra estampa literaria preciosa aparece en una tragedia de Sófocles, en el último parlamento de Áyax a su hijo: el pesimismo del héroe no le impide anticipar que el pequeño seguirá siendo en todo caso la alegría de su madre:

*entre tanto, aliméntate de vanas ilusiones,
criando tu alma infantil, alegría para tu madre*
τέως δὲ κούφοις πνεύμασιν βόσκου, νέαν
ψυχὴν ἀτάλλων, μητρὶ τῆδε χαρμονήν (Soph. *Ai.* 559-60)

Este amor complacido de las madres está en correspondencia con la felicidad de los hijos: así aparece, por ejemplo, en un epitalamio de Helena, el

bien: «on derive *felix* d'un substantif **fela*, "mamelle", qu'on rapproche de *felo* et du gr. θηλή (...) Le sens originel aurait donc été "qui donne du lait"», A. ERNOUT - A. MEILLET, *Dictionnaire Étymologique de la Langue Latine*, París 1967¹, p. 224.

23. Tal esplendor se hace explícito en la etimología de γελάω: «cette notion ("rire") est issue d' "éclat", ce qui rend compte de l'emploi de γελάω avec χθών comme sujet; cfr. encore γελεῖν, λάμπειν, ἄνθειν, γελαρῆς(...) γαλήνη, γλήνη et γλήνος etc.», P. CHANTRAINE, *Dictionnaire Étymologique de la Langue Grecque I*, París 1968, p. 214.

de Teócrito: la joven novia juega por última vez con sus amigas hasta altas horas de la noche

a la vera de su muy amorosa madre
 φιλοστόργω παρὰ μητρὶ (Theocr. XVIII 13)

Por otra parte, el canto de estas doncellas acaba con una serie de votos a los dioses, y en primer lugar, puesto que es de máximo interés para la novia amiga, mencionan a Leto, que es el paradigma divino de madre amorosa y feliz: que Leto criadora de niños (κουροτρόφος) conceda a la novia y al novio la εὐτεκνία, una feliz descendencia (*ib.* 50-1).

El lenguaje poético insiste en esta alternativa de felicidad e infelicidad: por un lado, εὐτεκνέω, εὐτεκνία, εὐτεκνος, εὐπαις; por otro, la condición de ἄτεκνος, ἄπαις, un panorama que puede ser insufrible desde el punto de vista de la mujer. Así lo proclaman las sirvientas de Creúsa:

*me repugna una vida
 sin hijos y reprocho a quien le parezca bien*
 (...) *ojalá tenga yo la dicha de unos hijos!*
 τὸν ἄπαιδα δ' ἀποστύγῳ
 βίον, ᾧ τε δωκεῖ ψέγω
 (...) *εὐπαιδος ἐχοίμιαν* (Eur. *Ion* 487-90)

Un personaje como Hécuba puede lamentarse por haber experimentado un vuelco en ese sentido; un vuelco que para una mujer parece ser equivalente a la inversión de la τιμή en la ἀτιμία (honra/deshonra) sufrida por los varones:

yo que entonces tenía buenos hijos, y ahora vieja y sin hijos
 εὐπαις ποτ' οὔσα, νῦν δὲ γραῦς ἄπαις θ' ἄμα (Eur. *Hec.* 810)

También Creúsa se desespera cuando cree que ese va a ser su porvenir:

*ayayayay, mi vida entonces sin hijos sin hijos
 ha proclamado (Apolo)*
 ὄτοτοτοῖ τὸν ἐμὸν ἄτεκνον ἄτεκνον ἔλακ'
 ἄρα βίον (Eur. *Ion* 79-1)

Pero ella, ya lo hemos recordado antes, acaba recuperando a su hijo y aparece exultante en su arrebatada demostración de amor maternal.

Otra vez nos instalamos en el texto de Aristóteles, en un pasaje en que declara que las madres aman más a los hijos, mediante el adjetivo correspondiente en grado comparativo: φιλοτεκνότεραι (*Nic.* 1168a). En esta ocasión, el filósofo, continuando con la idea ya presentada de que φιλία consiste más en φιλεῖν que en φιλεῖσθαι, establece una doble correspondencia: por una parte, φιλῆσις (amor *en acción*, no simple φιλία) y ποιήσις (obra) —«obras son amores», dice nuestro refranero—; por otra, φιλεῖσθαι (ser amado) y πασχεῖν (padecer). Completa luego su reflexión observando que toda persona aprecia más lo que le ha representado un esfuerzo. En ese marco general, justifica con toda naturalidad lo que parece ser opinión común:

Por eso también las madres aman más a sus hijos, pues la generación les requiere más esfuerzo y saben mejor que son algo suyo. Y asimismo esto parecería propio tratándose de bienhechores.

διὰ ταῦτα δὲ καὶ αἱ μητέρες φιλοτεκνότεραι ἐπιπονωτέρα γὰρ ἢ γένησις, καὶ μᾶλλον ἴσασιν ὅτι αὐτῶν. δόξειε δ' ἄν τοῦτο καὶ τοῖς εὐεργέταις οἰκεῖον εἶναι (Arist. *Nic.* 1168a)

Llevamos la cita hasta este punto porque nos parece muy significativa esta relación entre el colectivo destacado de las madres» y el genérico de «los bienhechores», por cuanto la φιλία materna queda doblemente perfilada: como φιλῆσις, «**amor activo y productivo**», y como εὐεργησία, *beneficentia*.

Que los hijos son una *obra* de la madre lo saben bien las mujeres, según se pronuncian como personajes en la poesía griega. La Andrómaca de Eurípides se presenta a sí misma con esa conciencia clara:

δάμαρ δοθεῖσα παιδοποιὸς Ἑκτορι
entregada como esposa y hacedora de hijos a Héctor (Eur. *Andr.* 4)

Sin tanta solemnidad, lo mismo dicen las mujeres de Aristófanes cuando planean permitirse toda libertad de movimientos y

hacer hijos ... para quien quiera!
παιδοποιεῖν τῷ βουλομένῳ (Ar. *Eccl.* 614)

Ahora bien, el oficio de ser madre como tal es laborioso, y es así, mediante sus mil y una tareas, como la madre prodiga su amor al hijo. La poesía abunda en representaciones de esta índole. Por ejemplo, el detalle de dar nombre al hijo, como cuenta Deméter, aunque sea fingiendo:

Dos es mi nombre, que así me puso mi señora madre
Δὼς ἐμοί γ' ὄνομ' ἐστὶ· τὸ γὰρ θέτο πότνια μήτηρ (Hb. *Dem.* 122)



Fig. 3

O los mimos y la crianza que cabe esperar de toda madre, pero que algunos, como Ión, sólo pueden imaginar:

*pues durante el tiempo en que en brazos de mi madre
debía haber sido mimado (τροφῆσαι) y disfrutado de la vida
fui privado del alimento de una madre amorosísima (φιλάτης μητρός
τροφῆς, Eur. Ion 1375-7)*

En efecto, una mujer como Andrómaca puede dar fe de este trato que ella ha dado como madre, en el momento en que sufre el sinsentido de que le maten a su hijo:

*por nada, pues,
en pañales te crió este pecho;
en vano me esforcé y me desgarraron las fatigas*
διὰ κενῆς ἄρα
ἐν σπαργάνοις σε μαστὸς ἐξέθρηψ' ὄδε
μάτην δ' ἐμόχθουν καὶ κατεξάνθην πόνους (Eur. *Tr.* 758-60)

Podemos intercalar aquí una imagen plástica que testimonia el esfuerzo que representa realizar las tareas de la maternidad: en este relieve votivo (**FIG.3**, New York Metropol. Mus., inv. nº 24. 97. 92) una joven madre exhausta —la cabeza y un brazo desmayados, agarrándose con el otro al asiento— se dispone en todo caso, con el pecho desnudo y rebosante, a amamantar a la criatura que una sierva le trae. La criada parece darle ánimos con el gesto cariñoso de su brazo, como la propia divinidad que asiste a la madre y le presta su amparo.

También con referencia a este amor nutricio contamos con el contrapunto cómico: las asambleístas, al considerar el suministro de provisiones para los soldados, se dan cuenta de que nadie como unas madres para enviarlas rápidamente:

τίς τῆς τεκοῦσης θάπτον ἐπιπέμψειεν ἄν;
¿quién las enviaría más rápido que quien los parió? (Ar. *Eccl.* 235)

No sólo alimento: la madre también procura vestido al niño al que su propio cuerpo ha dado abrigo y los poetas han plasmado también esos gestos con que la madre arroja al recién nacido. Eurípides en su tragedia *Ión* acentúa el simbolismo latente, pues Creúsa, la madre, recuerda que, apurada como estaba, hizo los pañales con su propio peplo (ἡμεῖς σπαργανώσαντες πέπλοις, v. 995); y luego es esa ropa la que le vale a Ión para identificar a su madre (τὰ μητρὸς σύμβολ', v. 1386). Además, los bordados son obra de su propia mano (v. 1417). En suma, el tejido es una prolongación del cuerpo de la madre, algo que la madre hace para el hijo²⁴, comparable a esa otra obra (ποίησις), la leche, que su cuerpo sabe elaborar para alimentar a su criatura:

24. Cfr. E. REEDER: «The prominence of the peplos in the story of Erichonios (...) suggest that the receiving, or swaddling, cloth was viewed in Athens as an important symbol of motherhood, family life, and the textile arts bestowed by Athena and intimately linked with married women», *op. cit.*, p. 229. En el mito de Aracne la metamorfosis nos remite a un modelo animal que efectivamente teje una sustancia que genera de su propio cuerpo.

*sabroso pecho a tus labios llevé, la primera,
y te di a beber blanca leche*
λαρόν δ' ἐπὶ χεῖλεσι πρώτη
μαστόν ἐπισχομένη λευκῶ δὲ σ' ἔλοισα γάλακτι (Euph. 96,4-5 Gron.)

No menos consciente que esta mujer del bien que ha proporcionado al hijo amamantándolo, Hécuba implora a Héctor haciéndose valer:

si una vez la teta te di olvidanza-de-llantos²⁵
εἶ ποτέ τοι λαθικηδέα μαζὸν ἐπέσχον (Il. XXII 83)

En efecto, la madre también procura descanso a la criatura. En los versos de Simónides tenemos a Dánae velando por el sueño del pequeño Perseo²⁶ y a la vez rogando que cesen las adversidades, como si fuera posible amplificar los efectos de esta habilidad suya para dormir al niño:

*te lo ruego, duerme, criatura,
y que duerma el mar, y que duerma tamaño mal*
κέλομαι δ' εὖδε βρέφος,
εὐδέτω δὲ πόντος, εὐδέτω δ' ἄμετρον κακόν (Sim. 317 P. 21-2)

Estos versos tienen la factura peculiar de la canción de cuna, que volvemos a encontrar en otra nana, esta declarada y nada patética, la que aparece en un idilio de Teócrito:

*Dormid, niños míos, dulce sueño y despertar;
dormid, alma mía, los dos hermanitos, hijos benditos.
Acostaos felices; felices a la aurora hay que llegar.*
εὐδέτ' ἐμὰ βρέφεια, γλυκερόν καὶ ἐγέρσιμον ὕπνον.
εὐδέτ, ἐμὰ ψυχά, δυ' ἀδελφείοί, εὖσσα τέκνα·
ὄλβιοι εὐνάξοισθε καὶ ὄλβιοι ἄῶ ἴκοισθε (Theocr. XXIV 7-9)

Por otra parte están los desvelos, evocados por Hécuba como ὕπνοι ἐκείνοι «aquella manera de dormir» (Eu. Tr. 1187); y tantos cuidados que representa educar a una criatura (αἰ τ' ἐμαὶ τροφαί, ib. 1186). Aquí podemos considerar una comparación formulada por otra madre, por la Tetis homérica, para dar idea de los trabajos (ἔργα, en el sentido hesiódico) que subir a un hijo requiere:

yo misma lo crié, como un retoño en la campiña de la colina
τὸν μὲν ἐγὼ θρέψασα, φυτὸν ὧς γουνοῦ ἀλωῆς (Il. XVIII 57)

25. Es traducción de A. GARCÍA CALVO, *Iliada. Traducción rítmica*, Lucina 1995.

26. Así también la madre anónima del símil homérico: según el poeta, Atenea desvía una flecha que apuntaba a Menelao «como cuando una madre aparta una mosca del niño dormido en plácido sueño» Il. IV 130-1.

Las palabras de Deméter, la diosa que promueve el crecimiento de los cultivos, también sugieren esa analogía entre el hijo y la planta, cuando menciona a su hija con esta figura:

la niña que parí, dulce retoño
 κούρηγν τήν ἔτεκον, γλυκερόν θάλος (*Hb.Dem.* 66)

Por su parte, el niño Demofonte que Deméter se dispone a criar también es presentado en el himno como νέον θάλος (*ib.* 187), «tierno retoño». Y Hécuba llama así Héctor:

φίλον θάλος, ὃν τέκον αὐτή
retoño mío, que yo misma parí (*Il.* XXII 37).

Esta atención constante hace que la madre conozca al hijo como nadie: ni siquiera a un Hermes le valen disimulos con su madre, a quien nada se le escapa (*Hb.Herm.* 154) y que intenta corregir al niño con sus riñas (ἐνπιάς, v. 165). También Afrodita —nos lo cuenta Apolonio de Rodas— tiene problemas con su desvergonzado hijo, y lo mismo le increpa como ἄφατον κακόν «malo, más que malo» (*Arg.* III 129) que lo engatusa prometiéndole un juguete (*ib.* 131-53). Esta habilidad para conducir al hijo no sólo se manifiesta mientras son niños: recordemos que es la madre Rea quien persuade a Deméter para que se reconcilie con los dioses (*Hb.Dem.* 460-70). Tetis también es capaz de convencer a Aquiles para que deponga su obstinación y entregue el cadáver de Héctor a su anciano padre; y aprovecha la ocasión para recomendarle que coma, y recordarle que es bueno «unirse en amor a una mujer» (*Il.* XXIV 130-1). Penélope por su parte reprende con severidad a Telémaco por haber permitido el escarnio del presunto anciano después del combate con Iro (*Od.* XVIII 215-26).

En relación con esta autoridad moral de la madre, citaré un coro de Sófocles en que las compañeras de Electra quieren convencerla y aducen su buena voluntad apelando a la idea de la madre y escogiendo el lenguaje metafórico que esta figura sugiere:

pero es que te hablo de buena fe
como una madre digna de confianza:
no des nacimiento a ruina sobre ruinas
 ἀλλ' οὖν εὐνοίαι γ' αὐδῶ
 μάτηρ ὡσεὶ τις πιστά
 μὴ τίπτειν σ' ἅταν ἄταις (*Soph. El.* 233-5)

Labor de palabra también para rogar por el hijo: ya hemos comentado que Penélope intercede ante Atenea por su hijo (*Od.* IV 762-66, cfr. p. 68). Hécuba suplica a Odiseo, empleando cuantos argumentos concibe, por salvar a su hija Polixena (*Eur. Hec.* 251-295). Ingenio de palabra también

para disculpar a un hijo tan apurado como Erisicton: cuando el pobre hombre malvivía escondido, sin poder parar de comer, su madre inventaba historias cada vez que alguien le preguntaba por él. Un poeta como Calímaco la pone en evidencia con gracia, al preguntarle desde el verso:

δειλαία φιλότεκνε, τί δ' οὐ ἐψεύσασο, μάτηρ;
*desgraciada, en tu cariño maternal, qué mentira no pronunciaste?*²⁷ (Call. H.D. 83)

En una escena similar vemos a Megara, que —según ella misma explica— por ahorrar inquietudes a sus hijos, cuando le preguntan por su padre Hércules, les entretiene contándoles historias...

ἐγὼ δὲ διαφθέρω λόγοισι μυθεύουσα (Eur. *Her.* 76)

Trabajos también de pensamiento para estas madres caracterizadas por sus temores y aprensión. Penélope se retrata diciendo:

Ahora también mi amado hijo (παῖς ἀγαπετός) se ha ido en cóncava nave, / un niño (νήπιος), inexperto en trabajos y asambleas. / Más por él me lamento yo (μᾶλλον ὀδύρομαι) que por aquél / y tiemblo por él (ἀμφιτρομέω) y temo (δεΐδια) no sufra desgracia, / sea en el país donde va, o en el mar (Od. IV 817-21)

Y ya que abordamos las fatigas de la mente, notemos que también la madre vive pendiente de que sus hijos realicen las expectativas propias de su condición: Penélope piensa en el futuro renombre de su hijo (*Od.* IV 710, 728); Hécuba lamenta que sus hijas no alcancen las bodas que les correspondían con estas palabras:

*las doncellas que crié
 para el honor selecto de unos esposos*
 ἐς ἀξίωμα νυμφίων ἐξαιρέτων (Eur. *Tr.* 484-5)

Alcestis, consciente de que va a morir, lamenta no poder asistir a su hija en esos momentos decisivos:

*que no, ni te casará tu madre
 ni a tu lado te animará, hija, en los partos,
 cuando nada hay más grato que una madre*
 οὐ γὰρ σε μήτηρ οὔτε νυμφεύει ποτὲ
 οὔτ' ἐν τοκοῖσι σοῖσι θαρσύνει, τέκνον,
 παροῦσ', ἴν' οὐδὲν μητρὸς εὐμενέστερον (Eur. *Alc.* 317-9)

27. Trad. L.A. DE CUENCA y M. BRISO: Calímaco, *Himnos. Epigramas y Fragmentos*, Madrid 1980.

Y el coro de mujeres troyanas sabe bien que con la muerte prematura del hijo, una madre pierde las mayores esperanzas de su vida: τὰς μεγάλας / ἐλπίδας (...) βίου (Eur. *Tr.* 1251-2)

Otro aspecto a tener en cuenta es que la madre enseña al hijo a conducirse en las circunstancias que se van presentando. Por ejemplo: a la muerte de Áyax, Tecmesa, llevando a su hijo en brazos, le ayuda a cumplir los ritos para rendir culto a su difunto padre (Soph. *Ai.* 1171-81).

Como caso extremo de esta laboriosa entrega a los hijos aparece la figura de la madre dispuesta a morir por el hijo. Así Andrómaca, que ha concebido un hijo de Neoptólemo y es acosada por la esposa de éste. En primer lugar actúa para librar a su hijo de la muerte enviándolo en secreto a otras tierras (Eu. *Andr.* 47-8); pero lo descubren y le presentan un dilema cruel: morir ella o que maten a su hijo. Su respuesta es terminante: el hijo es la luz única que queda en su vida (λοιπὸς ὀφθαλμὸς βίου, v. 408), y se entrega, fiel a su dignidad de madre:

ἐμοὶ δ' ὄνειδος μὴ θανεῖν ὑπερ τέκνου
para mí sería una vergüenza no morir por mi hijo (ib. 410)

En el extremo opuesto, podemos recordar la conducta de la madre de Admeto, tal como aparece en la *Alceste* de Eurípides. Esa mujer ha sido incapaz de dar su vida por su hijo; éste se lo recrimina y desenmascara así el presunto amor de sus padres:

λόγῳ γὰρ ᾗσαν οὐκ ἔργῳ φίλοι
de palabra me querían, no de hecho (Eur. Alc. 339)

A tal punto el hijo considera aberrante esta conducta, que deja de creer que su madre lo sea realmente, e imagina haber nacido de otra mujer (*ib.* 637).

En cambio en el personaje de Andrómaca sí se da la máxima coherencia entre sus actos en su condición de madre y sus palabras, que ya hemos tenido ocasión de citar: «para todas personas, los hijos son la vida» (cfr. *supra*, p. 73).

En este caso mítico, la mujer opta voluntariamente por morir en lugar del hijo. En la realidad cotidiana de la antigua Grecia muchas mujeres morían en el acto de dar a luz, realizando de hecho —aunque sin legarnos palabras testimoniales— una entrega similar de la propia vida. En los epigramas funerarios, las mujeres que han muerto de parto suelen responder escuetamente a las preguntas del paseante, sin que afloren los sentimientos asociados a ese trance. Hay uno en cambio, estremecedor, que empieza con las palabras de la madre agonizante y luego el poeta interpreta lo sucedido —la muerte de la mujer y el nacimiento de sus gemelos— en estos términos exactos:

Εἷς ἄρα δαίμων / τῆς μὲν ἀπὸ ζωῆν εἴλετο, τοῖς δ' ἔπορευ
un mismo dios / tomó de una la vida y a los otros se la dió (Antípatro de
 Tesalónica, *AP* VII 168)

*

Estamos viendo que este amor de las madres es retratado como algo intenso y ahora vamos a comprobar que también aparece como algo **extenso, en el sentido temporal**. Las madres ancianas del mito, Hécuba y Anticlea particularmente, demuestran la persistencia del amor que sienten por sus hijos. Puestos a escoger, quizá el encuentro entre Anticlea y Odiseo en el Hades sea la escena más significativa al respecto: esta mujer, ya lo hemos comentado, murió de pena por la ausencia del hijo, y ahora, al verlo en el Hades, va a su encuentro y le pregunta entre solícita y regañona:

*Hijo mío, ¿cómo has venido bajo la turbia tiniebla
 si estás vivo?* (*Od.* XI 155-6)
 (...) *¿así que no has ido
 a Ítaca, ni has visto en palacio a tu mujer?* (*ib.* 161-2)

Y cuando el héroe intenta abrazarla, ella se le escapa de las manos y ha de explicarle —Odiseo está dolido— que esa es la ley para los muertos, ser

un espíritu, como un sueño que se va vuela que vuela...
 ψυχὴ δ' ἦϋτ' ὄνειρος ἀποπταμένη πεπότηται (*ib.* 222)

No quiere, pues, retenerlo; al contrario: le da prisa para que vuelva a la luz (τάχιστα λιλαιέο, v. 223) y de nuevo le menciona a su esposa.

Es la misma actitud de contención que aparece plasmada en este *lekythos* funerario (**FIG. 4**: Londres, Mus. Brit. Inv. nº GR 1905.7-10.10): aquí un niño llega en brazos de una joven adonde está enterrada su madre, y percibe su presencia y le tiende impulsivo sus brazos. Pero la madre se contiene, ella está muerta, su postura nos la muestra detenida en la postración²⁸: sentada, las piernas cruzadas subrayando su estatismo, el mentón apoyado sobre la mano, un brazo descansando sobre el otro, que también reposa sobre la pierna... Sólo la mirada delata que su amor por el hijo persiste: sus ojos sí corresponden al gesto de la criatura, comunicándole la ternura y la sabiduría de la madre: el niño está vivo, y ha de vivir; ella acepta estar separada de él, para que él continúe viviendo. Esta actitud de **desprendimiento** la contempla también Arsitóteles en el segundo de los pasajes comentados (1159 a, cfr. p. 73), cuando recuerda el caso de las madres que han de entregar a sus hijos a otras para que los críen —suponemos que

28. Postración que antes hemos reconocido como trance prefigurador de la muerte, cfr. p. 66.

obligadas por la necesidad— y que los siguen queriendo (αὐταὶ φιλοῦσιν αὐτούς), aunque saben que no podrán recibir su cariño a cambio: les parece suficiente si pueden ver que están bien (ἐὰν ὀρῶσιν εὖ πράττοντας)²⁹



Fig. 4

Otra figura invertida de esta «discreción» que acompaña al amor maternal asoma en las escenas en que el héroe adulto pide a su madre que respete sus decisiones: así Aquiles a Tetis:

μηδέ μ' ἔρυσκε μάχης φιλέουσά περ (Il. XVIII 126)
no me impidas el combate a pesar de tu amor

29. Este desprendimiento es el contrapunto del carácter posesivo que se manifiesta en primera instancia; cfr. *supra* pp. 63, 65-70. Es interesante añadir ahora un comentario a lo dicho sobre el comportamineto de la Medea euripídea: al matar a sus hijos, además del móvil de la venganza, también esgrime su convicción de que éstos serán ultajados: no les espera, por tanto una vida digna ni deseable (Eur. *Med.* 1060-1).

Y ella se conforma y actúa como colaboradora suya, consiguiéndole las famosas armas aunque sabe que así irá al encuentro de la muerte.

*

A la sombra de esta última referencia aristotélica, nos disponemos a incorporar por iniciativa propia otros dos rasgos clave del amor materno, tal como los textos poéticos nos lo presentan.

El primero es su carácter **compartido**. Según hemos comprobado, la maternidad se presenta como aspiración general de las mujeres mortales, que tiene sus excepciones, pero que la mayoría de mujeres desean experimentar³⁰. Recordemos los votos de las acompañantes de Creúsa: εὐπαιδος ἐχοίμην (cfr. p. 76) y cómo abominaban de una vida sin hijos. O las trapaerías de las mujeres de Aristófanes para conseguir adoptar un hijo (*Thesm.* 407-8, 502-516). Teniendo ésto en cuenta, se comprende mejor esa especie de adhesión que las mujeres muestran a la mujer que es madre, colaborando con ella y compartiendo, por tanto, esa dimensión de la maternidad en que resultan simultáneos φιλία y πόνος.

Así podemos ver cómo coinciden figuras diversas. Empezaremos por las hermanas mayores³¹. La Medea de las *Argonáuticas* evoca así lo que fue para ella su hermana mayor:

*pues yo puedo decir / que soy tu hermana y tu niña,
pues igual que a ellos (tus hijos) me llevaste sobre tu pecho
de pequeña, según siempre oía contar a madre*
ἴσον ἔπει κείνοις με τῷ ἑπαίρωο μαζῶ
νηπιύην, ὡς αἰὲν ἐγὼ ποτε μητρὸς ἄκουον (Ap. Rh. III 734-5)

Por cierto que no todas las hermanas se muestran tan hábiles: recordemos los apuros de las hijas de Metanira, cuando Deméter, irritada, deja al niño en el suelo: ellas acuden inmediatamente y una toma al pequeño en brazos, otra va a avisar a la madre (*Hb. Dem.* 286), pero su trabajo les cuesta calmar a la criatura:

*las hermanas oyeron la voz lastimera
y saltaron de sus lechos de hermosas colchas; una al punto
tomó al niño en brazos y se lo puso al pecho*

30. Cosa que no obsta para que en el mito aparezcan vírgenes obstinadas, tuteladas por diosas que lo son a ultranza; cfr. FOLEY, *op. cit.*, p. 110. De todos modos, el mito contempla otras posibilidades, como la de Atenea, vígen y madre: ella se resiste y se libra de ser poseída por Hefesto, pero por el efecto de caerle semen en el muslo, recogerlo con lana y echarlo al suelo, nace de Gea un hijo que también es suyo: Erictonio; cfr. Apd. III 14,6).

31. Sobre la incorporación de las hermanas a las tareas de la madre, cfr. CHODOROW, *op. cit.*, p. 253.



Fig. 5

(παῖδ' ἀνὰ χερσὶν ἔλοῦσα, ἔῳ ἐγκάτθετο κόλπῳ) (...)
*reunidas alrededor del niño palpitante, lo lavaron
 y acariciaron* (ἀμφαγαπαζόμεναι), *pero no se serenó su ánimo,
 pues lo tenían unas nodrizas y amas bastante peores...*
 (χειρότεροι γὰρ δὴ μιν ἔχον τροφοὶ ἢδὲ τιθῆναι) (*Hb.Dem.* 284-291)

Podemos relacionar esta actividad de las muchachas con la escena que aparece en este lebes nupcial (**FIG. 5**: Munich, Staatliche Antikensammlungen München, inv. n.º 7578): una novia ha tenido en su regazo a un niño desnudo que ahora devuelve —con un gesto un tanto inexperto— a una joven sierva. Este tipo de contacto pretende promover la fecundidad de la futura esposa, pero también constituye una iniciación práctica para cuando sea madre.

Volviendo a los textos referentes a las hermanas, mucho más patético resulta el caso de Electra, que actúa por defecto voluntario de la madre: es ella, la hermana, quien ha criado a Orestes y quien sufre como tal al darlo por muerto:

*Ay de mí por la crianza de antaño
 arrebatada, que yo a tí continuamente
 con dulce esfuerzo te procuraba; pues jamás
 te tuvo más cariño tu madre que yo
 y en casa no eran otras sino yo tu nodriza*
 οἴμοι τάλαινα τῆς ἐμῆς πάλαι τροφῆς
 ἀνωφελήτου, τὴν ἐγὼ θάμ' ἀμφὶ σοὶ
 πόνῳ γλυκεῖ παρέσχον. οὔτε γάρ ποτε
 μητρὸς σύ γ' ἦσθα μᾶλλον ἢ καμοῦ φίλος
 οὔθ' οἱ κατ' οἶκον ἦσαν ἄλλ' ἐγὼ τροφός (*Soph. El.* 1143-7)

Las abuelas también están al lado de la madre para atender a estos hijos, que son también suyos a través de sus propios hijos, y a los que prodigan un amor maternal. Al menos así lo representa Eurípides en el personaje de Hécuba, que cuando le matan al nieto se desespera diciendo:

*Ay criatura, hijo de mi hijo desgraciado,
 somos despojadas de tu vida injustamente
 tu madre y yo.*
 ὦ τέκνον, ὦ παῖ παιδὸς μογεροῦ
 συλώμεθα σὴν ψυχὴν ἀδικῶς
 μήτηρ κἀγὼ (*Eur. Tr.* 790-2)

Y luego, ante el cadáver del niño, se comporta como una auténtica madre, invocando de una en otra las partes del cuerpo amado, sin ocultar hasta qué punto ha identificado al nieto con el hijo:



Fig. 6

ὧ χεῖρες, ὡς εἰκοὺς μὲν ἠδείας πατρὸς
ob manos, dulce imagen de las de tu padre (ib. 1178)

ὧ πολλὰ κόμπους ἐκβαλλὼν φίλον στόμα
ob boca querida que tantas bravatas lanzabas (ib. 1180)

No es de extrañar este sentimiento tan afín al de la madre si, como hemos indicado antes, Hécuba ha participado activamente en la crianza de este pequeño.

Que este tipo de relación es algo habitual lo demuestra la documentación iconográfica: así esta estela funeraria de una tal Ampharete con su nieto (**FIG. 6**: Atenas, Mus. Cerámico, inv. nº P 695); observemos el gesto experto y sereno con que la abuela sostiene al pequeño, envolviéndole con su propio ropaje —cosa que insinúa una vez más la intimidad física de los cuerpos³².

Aparte de las mujeres de la familia, tenemos otro personaje en la tragedia que demuestra esta disponibilidad para «hacer de madre» a una criatura desasistida. Es la pitonisa del *Ión*, que lo encontró abandonado, lo ha criado y puede decirle en el momento de la despedida:

ἴσον γὰρ σ' ὡς τεκοῦσ' ἀσπάζομαι
pues te abrazo como si fuera tu verdadera madre (literalmente, como si te hubiera parido) (Eur. Ion 1363)

Un comentario acerca de la actitud de la madre respecto a la colaboración que recibe: parece que la madre se muestre satisfecha y dispuesta a compartir al niño. Así lo vemos en el himno a Deméter en el caso de Metanira, que confía a su hijo a la venerable anciana y al ver cómo ésta lo estrecha contra sí, lejos de sentirse celosa, se alegra:

(...) θυώδει δέξατο κόλπω
 χερσίν τ' ἀθανάτησι· γεγήθει δὲ φρένα μήτηρ (*Hb.Dem.* 231-2)
*(Deméter) lo acogió en su fragante regazo
 y en sus brazos inmortales; y la madre se alegró en el alma*

De hecho, es sintomático que este personaje, Metanira, haya manifestado cuánto reza por él (πολύαρητος δὲ μοί ἐστιν, *ib.* 220), dando idea de ese sentimiento de necesidad de ayuda para la crianza del niño.

Un caso atípico, por acudir la madre a una persona del otro sexo, lo constituye la opción de Alcestis: antes de morir, en lugar de encomendar a sus

32. Sería algo equivalente a la manta única que envuelve a los amantes en el epigrama de Asclepiades: ἥδιον δ' ὀπότεν κρύψει μία τοὺς φιλέοντας / χλαῖνα (*APV* 169).

hijos a alguna mujer de su confianza, encarga a su esposo que en adelante sea una madre para ellos:

σὺ νῦν γενοῦ τοῖσδ' ἀντ' ἔμοῦ μήτηρ τέκνοις (Eur. *Alc.* 377)

*

Si por una parte hemos comprobado que una mujer es capaz de actuar como si fuera madre, por otra observamos que las que son realmente madres, en sentido literal, lo son por demás. Es decir, no sólo atienden a sus hijos biológicos, sino que muestran una predisposición para criar también a otros niños. El amor de madre se muestra en estos casos como algo **sobreabundante, de carácter expansivo**³³. Y por cierto, en este tipo de actuación la mujer vuelve a coincidir con el comportamiento de las hembras animales, al menos según pretende el mito griego, que con tanta frecuencia cuenta que una criatura humana ha sido criada sea por una loba (Licasto y Parrasio), por una osa (Paris), una cierva (Telefo)...³⁴ No sólo se trata del caso «profesional» de las nodrizas, que por cierto demuestran un intenso afecto por aquellos a los que han criado; lo vemos por ejemplo, en la emoción que siente Euriclea al reconocer a Odiseo:

*alegría y dolor a la vez se apoderaron de ella, sus ojos
se llenaron de lágrimas y se quedó sin su resuelta voz (Od. XIX 470-2)*

Notemos que esta fórmula, θαλερὴ δέ οἱ ἔσχετο φωνή, se predica idéntica respecto a Penélope, cuando queda conmocionada por causa de su hijo (*ib.* IV 705).

Y por supuesto, la nodriza le llama «hijo mío», φίλον τέκος (*ib.* XIX 473). E igualmente el poeta declara que Euriclea quiere sobremanera a Telémaco, por haberle cuidado también a él de pequeño:

(...) καὶ ἔ μάλιστα
διωπαῶν φιλέεσκε, καὶ ἔτρεφε τυτθὸν ἔόντα (*ib.* I 434-5)

En el mismo marco de la *Odisea*, vemos que también la madre y la esposa del héroe han procedido así con otros niños. Según cuenta el porquerizo Eumeo, de pequeño le raptaron unos fenicios y fue a para a Ítaca; allí lo adoptó Anticlea y lo crió junto a su propia hija Ctímene:

33. La religión griega también reconoce a una diosa «Madre de todos los dioses y todos los hombres» (*Hb.M.D.* 1); cfr. FOLEY, *op. cit.*, p. 133.

34. Una inversión perversa de esta situación es la que se presenta en las *Bacantes*: allí las mujeres dan el pecho a cabras y lobeznos, habiendo abandonado a sus propios hijos Eur. *Bacch.* 699 ss.; cfr. E. REEDER, «Women and the Metaphor of Wild Animals», *op. cit.* pp. 299-302.

fui criado como ella , y poco menos me honraba
 τῆ ὁμοῦ ἐτρεφόμην, ὀλίγον δε τί μ' ἦσσαν ἐτίμα (Od. XV 365)

e insiste: φίλει δέ με κηρόθι μᾶλλον (y me quería de todo corazón, ib. XV 370).

Penélope, a su vez, adoptó a Melanto y «la crió como a una hija, y le daba los gustos que quería» (ib. XVIII 322).

Entre las diosas también hay madres dispuestas a comportarse como tales con criaturas ajenas. La fórmula ὑπεδέξατο κόλπῳ se refiere una y otra vez a Tetis, la madre de Aquiles, que se complace de Hefesto cuando su iracunda madre lo lanza Olimpo abajo hasta el mar (Il. XVIII 398); y también del pequeño Dioniso cuando, perseguido por Licurgo, se arroja desde el acantilado (Il. VI 136). E incluso tenemos el caso de Deméter, que transfigurada en anciana se presenta en el palacio de Celeo y se ofrece para cuidar del recién nacido Demofonte. De este episodio tan interesante, sólo destacaremos ahora la actitud inequívocamente maternal de la diosa disfrazada: observemos sus gestos, tan vivamente retratados en este verso de hipnótica sonoridad:

ἦδὺ καταπνέουσα καὶ ἐν κόλποισιν ἔχουσα (Hb.Dem. 238)
suavemente lo envolvía con su aliento y en su regazo lo tenía

Una representación iconográfica evocadora del caso, aunque se trate de otra diosa, puede ser esta figurita de terracora (**FIG.7**: Munich, Staatliche Antikensammlungen München, inv nº NI 5240), un tipo abundante en el santuario de Ártemis Brauronia: es una diosa sedente, que tiene sentada en el regazo a una niña crecida, que apoya la cabeza sobre su pecho en tanto que la diosa inclina ligeramente la cara hacia ella. Como en otras ocasiones, percibimos cómo los cuerpos se acomodan plácidamente.

Y por esta vez, podremos añadir a este repertorio de mujeres míticas un simple personaje de comedia: «la Samia», con la ventaja de que en la pieza que lleva su nombre, todo el enredo deriva del nacimiento de un niño, y alrededor de él van y vienen las mujeres haciéndole de madre, cada una a su manera. Situemos la acción dramática: los jóvenes enamorados han tenido un crío sin haberse casado, y están apuradísimos. Pero el padre adoptivo del chico, que está de viaje, tiene una espléndida amante en casa: Críside, «la Samia», y ésta se presta a decir que el niño es hijo suyo y se pone a criarlo (ella acaba de tener y perder a un hijo de su amante «legal»). Pero el señor de la casa no acepta este hijo de su hetera, y para colmo empieza a sospechar que no es hijo suyo, sino de su hijastro, y expulsa sin más a la Samia con el crío. Como es de esperar, al fin el chico declara la verdad y todo acaba felizmente. Tanto más para nosotros, que hemos visto en acción a este trío de personajes:



Fig. 7

Primero: la anciana nodriza del chico de la casa. Se acerca al niño en un momento en que, con los preparativos de la boda, nadie le hace caso y empieza a decirle lo típico (τὰ κοινά, en este contexto, sin duda significa «típico de mujeres»):

φίλτατον τέκνον (...) μέγ' ἀγαθόν· ἡ μάμη δὲ ποῦ;
cariño, criatura (...) ¿dónde está mamá? (Men. S. 242-3)³⁵

Y lo besa (ἐφίλησε) y lo toma en brazos (περίηνεγκεν, *ib.* 244), y se pone a recordar con emoción que no hace tanto tiempo ella estaba dando el pecho al padre de este pequeño:

αὐτὸν ἐτιθενούμην ἀγαπῶσα (*ib.* 247)
yo me lo criaba con amor

Espléndida declaración por fin de la dimensión afectiva de esta función materna que es amamantar, función en que por cierto se conjugan singularmente pasividad y actividad por lo que a la madre atañe.

Segundo: la joven madre, dándole el pecho a escondidas al niño en cuanto tiene una oportunidad, según ha visto su colérico padre, que lo dice y lo repite escandalizado:

τὴν θυψάτερον <αρτι> τὴν ἑμὴν τῷ παιδίῳ
 τιθίον διδοῦσαν ἔνδον κατέλαβον (*ib.* 535-6, 540-1)

Y tercero: la hetera generosa, amamantando a este niño de su joven vecina (διδούσαν τιθίον, *ib.* 266). Tal que así la ve el irritado señor de la casa, que habría preferido exponer al niño y zanjar el asunto. Es él quien lo cuenta:

luego veo que ella quiere al niño (τὴν ἀγαπῶσαν) y me obliga a criarlo contra mi voluntad (ib. 277-9)

Y en el momento crítico, cuando el padre de la chica quiere matar a la criatura, ella, la Samia, retiene al niño y dice que no piensa soltarlo (*ib.* 558-60). Y lo consigue, dando muestras no solo de integridad moral sino también de resistencia física.

Pero aún nos parece más genuina su conducta cuando expulsada de su casa, va con el niño a casa de la auténtica madre, donde se confabula con la chica y con la madre de ésta para seguir encubriendo al niño. Ya se sabe que la comedia no se ha conservado íntegra, y la escena correspondiente a esta acumulación de mujeres —si la hubo— se ha perdido; así que podríamos caer en la tentación de inventarla, reuniendo a las tres madres embele-

35. Citamos por la edición de F.H. SANDBACH, *Menandri Reliquiae Selectae*, Oxford 1972.

sadas en torno a la criatura... y hasta entonando alguna cantinela como aquella con que iniciamos a los niños en el arte de contar con los dedos:

*esta lo parió
esta le dió el pecho
esta lo cuidó
y a las tres el hijito
como madres besó.*